

Manuel Cruz

DEMOCRACIA

La última
utopía




ESPASA

MANUEL CRUZ

DEMOCRACIA: LA ÚLTIMA UTOPIA



© Manuel Cruz, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 13.195-2021
ISBN: 978-84-670-6338-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Unigraf, S. L.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. QUÉ NOS ESTÁ PASANDO	15
¿Y si el problema de la democracia fueran los ciudadanos?	15
La pregunta ¿quién controla a los controladores? no puede quedar sin respuesta	23
Piensa en local, actúa en global (¿o era al revés?)	33
Cuando los políticos dan miedo	39
A modo de epílogo del prólogo: la historia no ha terminado; sencillamente, ha muerto	43
1. EL PRESENTE, ENTRE LA INCERTIDUMBRE Y LA DESESPERANZA .	57
Acerca de una confusión interesada	57
Primera lección: promesas y predicciones	63
Segunda lección: la política, un poder relativo	65
Viviendo en una paradoja	70
La gran contingencia	75
2. DE DÓNDE VENIMOS, O LA GRAVOSA HERENCIA DEL SIGLO XX	79
El marco en el que inscribirnos	79
Vivir cobijados: el Estado del Bienestar	88

El nuevo sujeto generacional	99
Nuevo y bueno no siempre van de la mano	104
Utopías regresivas para tiempos de crisis	110
3. HACIA DÓNDE VA TODO ESTO	119
El ser humano es un animal teleológico... que no siempre alcanza sus objetivos	119
La sociedad es una persona un poco rara (a propósito de la teleología colectiva)	128
Pero ¿realmente hay algo que vaya hacia mejor?	137
El dudoso consenso alrededor de la democracia	145
Democracias suicidas	152
4. ALGUNOS DE NUESTROS PROBLEMAS MAYORES	159
Prueba de estrés de la democracia	159
Tacticismo no, lo siguiente: inmediatez	165
Acercas de una regeneración siempre pendiente	170
La problemática política de la política	177
Sobre el malestar democrático	182
5. CUANDO EL ÁGORA SALTA POR LOS AIRES	191
De la lucha de clases a la lucha de frases	191
Acordar las palabras	200
De la indignación al chapoteo	206
Sobre la banalización de la política y sus responsables (en plural)	216
La mediación de los medios y el ocaso de la opinión pública	220
6. VOLVER A REPARTIR LAS CARTAS	227
¿Tiene lógica la política?	227
Ser irracional en política para poder ser racional en todo lo demás	231

ÍNDICE

Sócrates revisitado: solo sé que no lo sé todo	237
Prioridades políticas: pase usted primero	241
No es no (a propósito de la desobediencia)	247
7. PERPLEJIDADES PERSISTENTES	257
¿Amanecer o crepúsculo de las ideologías?	257
¿Y si la izquierda se quedara sin banderas?	261
Los muertos que vos matáis gozan de buena salud (aunque traigan mala cara)	272
Echarle un pulso a la naturaleza	277
La barbarie va ganando	284
EPÍLOGO. DEMOCRACIA: LA ÚLTIMA UTOPIÍA	291
A modo de prólogo del epílogo: del presente mismo como fuente de perplejidad	291
La democracia es mucho más que una caja de herra- mientas... ..	300
... la democracia es una caja de valores	312
La democracia como horizonte utópico de nuestro tiem- po (o el doble fondo valorativo de la democracia) ...	320
Democracia y socialismo: dos caras de una misma moneda	331
Coda. Liberal a fuer de socialista	345
BIBLIOGRAFÍA	353
ÍNDICE ONOMÁSTICO	363

1

EL PRESENTE, ENTRE LA INCERTIDUMBRE Y LA DESESPERANZA

ACERCA DE UNA CONFUSIÓN INTERESADA

Una cosa es parar el reloj y otra poner el marcador a cero. De igual modo que no es lo mismo abrir un paréntesis que empezar a escribir sobre la página en blanco. Aunque resulte comprensible la confusión: cuando tiene lugar un acontecimiento que es vivido por sus protagonistas como desmesurado, la tentación de inaugurar una nueva contabilidad histórica en términos de «antes de C.» y «después de C.» (donde la «C» en esta ocasión designaría al coronavirus o covid, como prefieran denominarlo) es muy grande. Pero no deberíamos aceptar sin reservas esta manera de hacer tabla rasa del pasado, esta monumental *limpia* de todo lo que hubo.

Hay más de un motivo para rechazar semejante actitud. Por lo pronto, la idea de un nuevo inicio, en la medida en que implica decretar la finalización de la etapa precedente, también rebaja de manera casi automática el valor de esta y, en consecuencia, su interés. En efecto, si ya se ha inaugurado un tiempo diferente por completo, si lo que hubo ya no puede repercutir sobre lo

que habrá, demorarse en extraer lecciones de lo ocurrido deviene una tarea fronteriza con lo arqueológico. La tentación de inaugurar una nueva contabilidad corre, pues, en paralelo a la tentación de renunciar a una parte de nuestro conocimiento, el referido a un pasado del que se ha levantado acta de defunción. Además, y por si esto fuera poco, una cosa es que la travesía de una crisis postpandémica cuyos efectos se están dejando sentir con fuerza pueda habernos cambiado en algunos aspectos, cuestión que en todo caso está muy lejos de ser obvia, y otra bien distinta que hayamos nacido por entero con dicha crisis porque ella nos haya convertido radicalmente en *otros* (por decirlo a la frankfurtiana manera), por completo nuevos, asunto que no resiste la menor evidencia.

A pesar de ello, abundan los que reiteran que el rasgo fundamental de nuestro presente es la incertidumbre. Sin embargo, no es precisamente esta la categoría que mejor describe nuestra situación actual, la que mejor da cuenta del rasgo primordial de nuestro presente. La incertidumbre es a lo real lo que la ambigüedad es a la palabra. Y de la misma manera que quien dispone de un lenguaje rico puede apreciar mejor la riqueza de la palabra ajena (de la palabra poética, sin ir más lejos) y percibir resonancias y matices donde cualquier otro apenas no percibe más que una difusa musicalidad, así también el conocimiento permite reconocer en lo que otros únicamente atinan a ver incertidumbre, el abanico de posibilidades con el que, de atrevernos, podríamos medirnos.

Cuando hoy se insiste tanto en la incertidumbre, subrayando el sinsentido que parece acompañarle como el reverso de la misma moneda, y se describe aquella como el rasgo más característico del tiempo que nos ha tocado vivir, lo que en el fondo se está diciendo es que los esquemas con los que veníamos inter-

pretando el devenir humano han dejado de servir para el propósito de hacer inteligible lo que nos pasa. Pero habría que considerar seriamente la posibilidad de que tal vez lo nuevo no sea la incertidumbre en sí misma (de la que llevamos décadas hablando: sin ir más lejos, el orteguiano «no sabemos lo que nos pasa y eso es precisamente lo que nos pasa» es de 1934), sino nuestra incapacidad para enfrentarnos a ella. A fin de cuentas, la humanidad lleva toda su historia enfrentándose a los accidentes, a las contingencias, a lo sobrevenido o a lo inesperado en general, y ha conseguido ir saliendo airosa del enfrentamiento. Digámoslo así: el desarrollo del conocimiento a lo largo del tiempo puede ser visto como la larga crónica de la creación y suministro de instrumentos con los que dar la batalla a lo imprevisto, además de a lo previsto pero temido. Y no parece, ciertamente, que hayamos salido derrotados de la misma.

En efecto, poner el acento en la incertidumbre puede dar lugar al equívoco de atribuir a la deriva misma de las cosas, a procesos en alguna medida objetivos, nuestra dificultad para entender lo que nos pasa, dificultad que en efecto viviríamos en términos de incertidumbre. Pero si analizamos con un mínimo de detenimiento lo que viene ocurriendo en la mayor parte de las democracias de todo el mundo, constatamos que lo que está generando el creciente desasosiego de los ciudadanos no es tanto las dimensiones objetivas de lo que les pasa (con la pandemia en primerísimo plano) como las respuestas que a todo eso se están dando.

Si a dicho fenómeno se le quiere denominar desafección, habrá que decir entonces que es una desafección no solo generalizada, sino general en relación con el conjunto de las instituciones, que no parecen estar dando respuesta a las profundas preocupaciones (de muy diverso orden, por cierto) de los ciu-

dadanos. Al distanciamiento de los ciudadanos respecto de la cosa pública podemos denominarlo de diferentes maneras —desilusión, desencanto, desafección...—, pero la realidad que designa es siempre la misma. El hecho de que una de esas maneras, el desencanto, sea una vieja conocida para muchos nos está indicando que nos encontramos ante un fenómeno de calado, que afecta a dimensiones estructurales de la forma de organizar nuestra convivencia. Importa destacar esta dimensión para no confundir alguno de los más recientes perfiles que ha adoptado el distanciamiento mencionado con la real y profunda naturaleza de la cosa. Así, del hecho de que un personaje tan histriónico como Donald Trump pudiera alcanzar la presidencia de los Estados Unidos tal vez habría que resaltar la naturaleza del respaldo que obtuvo (incluso cuando se vio derrotado). Quizá la desmesura del personaje debería proporcionarnos una medida aproximada del sentimiento de hartazgo y desesperación de muchos de sus votantes.

Desafortunadamente, se diría que cuando la desafección es tan generalizada, casi universal, no causa preocupación a los responsables políticos, tal vez porque piensan que ningún adversario la va a poder rentabilizar. De ser cierto que pensarán tal cosa, su tacticismo estaría alcanzando niveles alarmantes, ya que alarmante sería que hubiera quedado atrás la decepción particular por parte de los ciudadanos hacia estos o aquellos, y lo que se hubiera instalado y estuviera echando raíces fuera la decepción respecto a la cosa pública en cuanto tal. Porque no hay país, no hay sociedad, que pueda funcionar sobre la base de la desconfianza de la ciudadanía en aquellos y en aquello en lo que deberían confiar. Entre otras cosas porque es la confianza en los instrumentos de los que disponemos y en quienes los gestionan la mejor herramienta para enfrentarnos a todo tipo de incertidumbres.

Sin embargo, vemos que gran parte de los representantes políticos siguen enredados en unas querellas en las que con frecuencia se invoca el nombre de los ciudadanos en vano; esto es, se apela al bien general para a continuación defender el interés particular. No es casual que en tantos lugares, tan distantes entre sí, se esté dando, en la esfera pública, una estrategia de confrontación —de la que Trump era un apóstol destacado, pero de la que sobreviven muchos otros representantes—. En pocas ocasiones como la presente ha resultado más patente la enorme distancia que separa los objetivos a corto plazo, que pasan siempre por alcanzar o mantener una determinada cuota de poder, con unas metas últimas que, por impensadas, ni siquiera se llegan a nombrar (¿alguien sabe lo que proponen para el futuro a medio y largo plazo las diferentes fuerzas políticas?).

En efecto, escasean los discursos en los que se nos diga hacia dónde vamos o, menos aún, hacia dónde deberíamos ir y, cuando se producen, quedan ahogados en un ecosistema informativo que prefiere sistemáticamente destacar hechos quizá más noticiosos si los medimos por el número de clics, pero que sin duda son mucho menos relevantes para el futuro de nuestro país, de nuestras sociedades e incluso de nosotros en tanto individuos. En semejante contexto, nada tiene de sorprendente que las instituciones sean crecientemente entendidas por los políticos de los que venimos hablando como escenarios de una batalla, como posiciones por conquistar, en vez de como mecanismos que garantizan un mejor funcionamiento del sistema en beneficio de todos.

Lo que esa gran parte de políticos a los que hace un instante hacía referencia (con quienes abrazan más abiertamente postulados populistas en lugar muy destacado, y de los que habrá sobrada ocasión de hablar en lo que sigue) parece que ni tan siquiera toma en consideración es un escenario de desafección

masiva hacia las instituciones, escenario del que sin embargo se diría que estamos cada vez más cerca. Funcionan todos ellos como si alcanzar determinados objetivos —presupuestarios, de desgaste del Gobierno, de ventaja electoral...— colmara sus expectativas y, en consecuencia, fuera el remedio para todos los males que nos aquejan. Al parecer, no se les ha ocurrido pensar que una sociedad en la que el grueso de la ciudadanía desconfía de sus instituciones y de sus representantes no solo puede terminar resultando ingobernable, sino que puede llegar a convertirse en un auténtico polvorín. Tal vez no están particularmente preocupados porque han asumido aquel razonamiento que me contaba un amigo mexicano que se hacían en los últimos tiempos algunos jóvenes que habían decidido volver a vivir en el D. F. después de haberlo abandonado por causa de los altos niveles de contaminación: «Han reparado en que el infierno no es lo mismo que la muerte, y que en él, a pesar de todo, se puede seguir viviendo; mal o muy mal, según la zona del infierno que te toque, pero se sigue viviendo».

Deberíamos extraer algunas lecciones de los reiterados engaños de los que vienen siendo objeto los ciudadanos desde hace tiempo, porque están en la base de su desafección actual (algunos recordarán los entusiastas anuncios de hace unas décadas en relación con el advenimiento de la sociedad del ocio y la reducción drástica del tiempo que dedicaríamos al trabajo para poder dedicarnos a ocupaciones más placenteras, por mencionar algo). Porque la constatación de los mismos nos permite certificar en qué medida lo que algunos se dedican a considerar mera incertidumbre —propia de nuestra época y de la que nadie sería directamente responsable—, lo que en realidad nombra es una rotunda falta de confianza en quienes deberían gestionar nuestras dificultades.

PRIMERA LECCIÓN: PROMESAS Y PREDICCIONES

Una inicial lección que podríamos extraer de lo que nos está pasando bien podría ser esta: no han fallado las predicciones (generando así la mencionada incertidumbre, al acontecer cosas por completo inesperadas), sino que se han incumplido unas promesas engañosas, que se presentaban como predicciones en muchos casos científicos. No estará de más subrayarlo: una promesa no es una predicción. O, tal vez, mejor dicho, una promesa es una predicción cuyo cumplimiento efectivo depende de que se den determinadas condiciones objetivas y subjetivas. Es obvio que uno no puede prometer de verdad algo que no esté realmente en su mano o que no esté en su mano por completo. Así, las hemerotecas pueden proveernos de multitud de promesas electorales, hechas en el fragor de la campaña, cuyo cumplimiento en ningún caso los candidatos estaban en condiciones de asegurar¹. Análogamente, tampoco pueden equivaler a predicciones aquellas promesas que el propio sujeto nunca tuvo previsto materializar. Las mismas hemerotecas que nos han ilustrado del primer tipo de falsas promesas nos aportarían multitud de ejemplos de otras promesas electorales que resultaba de toda evidencia que el candidato en cuestión no tenía la menor intención de cumplir (a la vista, entre diversas cosas, de sus ideas y su trayectoria, así como de las ideas y la trayectoria de su formación política).

Pero, quizá, para completar el cuadro, interesaría añadir a esta tipología de urgencia un tercer modelo, referido a las predicciones. Pienso en aquellas presuntas predicciones que no son

¹ El que fuera presidente de la República Francesa, Jacques Chirac, tenía una frase difícilmente superable en lo tocante al cinismo de algunos políticos: «Las promesas solo comprometen a quienes se las creen».

realmente tales, aunque se presenten como asépticas descripciones de futuro, sino interesadas promesas por parte de quienes las formulan. Acaso convenga variar de tipo de ejemplos para mostrar hasta qué punto nos encontramos ante una confusión muy extendida. Pensemos, a modo de ilustración, en esos reportajes —frecuentes hasta hace no tanto— en los que, a partir de alguna información de carácter científico (normalmente relacionada con el descubrimiento de algún elemento que permitía retrasar el envejecimiento de nuestras células) se iba más allá de predecirnos una larga vida, con una importante tasa de población que viviría por encima de los cien años, y se llegaba a plantear, como un horizonte poco menos que al alcance de la mano, nuestra mismísima inmortalidad².

Valdrá la pena recordar, para evitar cualquier malentendido, que dichos reportajes no eran raros en la década pasada, cuando los efectos de la crisis de 2008, en forma de importantes recortes en los servicios públicos, con el consiguiente efecto de un deterioro en los mismos, todavía estaban muy presentes en nuestras sociedades. Sin embargo, y a pesar de ello, no faltaban los que, como Lynda Gratton y Andrew Scott en su libro *La vida de 100 años*, de 2016³, hablaban de que la esperanza de vida no cesaría de aumentar en el futuro.

El recordatorio puntualizador resulta especialmente pertinente para lo que estamos comentando aquí. Porque importa resaltar que las mencionadas fantasías se difundían con una desenvoltura carente de ningún recato en un momento en el que resultaba de

² Se volverá sobre este asunto con un poco más de detenimiento *infra*, en el epígrafe del capítulo 7 titulado «Echarle un pulso a la naturaleza».

³ Lynda Gratton y Andrew Scott, *La vida de 100 años*, Verssus Libros, Bilbao, 2017.

toda evidencia que las políticas habitualmente calificadas como «austericidas», emprendidas por muchos Gobiernos, al hacer descender objetivamente la calidad de los servicios públicos rebajaban también la esperanza de vida de amplios sectores de la población (no de manera indiscriminada, sino diferenciada, según sus niveles de renta). Eran los mismos años en los que el debate público gravitaba en gran manera sobre las dificultades económicas de los Gobiernos para mantener unos servicios públicos en condiciones para el entero conjunto de los ciudadanos.

Sin el menor género de error eran, si se me permite una concesión al anacrónico lenguaje, fantasías de clase, de parecido tenor a las que nos aseguran que en el futuro nos trasladaremos todos a vivir a otros planetas (también de eso se hablará luego)⁴. Pero eran, en ambos casos, fantasías que no se presentaban como tales, sino como asépticas predicciones que acabarían afectando a la humanidad por completo. Pues bien, es sobre este último matiz sobre el que conviene reparar, porque despeja cualquier duda sobre la naturaleza de tales anuncios. En unas circunstancias como las referidas, anunciar la inmortalidad para todos como un futuro al alcance de la mano no es que no fuera una predicción mínimamente viable: es que era una promesa engañosa por completo.

SEGUNDA LECCIÓN: LA POLÍTICA, UN PODER RELATIVO

La segunda lección que podríamos extraer de lo que nos está pasando se deriva de la anterior y haría referencia a los protagonistas de ambas cosas (predicciones y promesas). Importa dife-

⁴ Concretamente en el epígrafe del capítulo 7 titulado «Echarle un pulso a la naturaleza», véase *infra*, págs. 277 y sigs.

renciar a unos de otros en un momento en el que, bajo el rubro de la incertidumbre, se suele meter a los dos en el mismo saco. Y es que el que no acierta en sus predicciones se equivoca sin más, lo que no le convierte en merecedor del reproche social. Pero, en cambio, el que presenta sus promesas como predicciones y, además, las incumple hace algo a todas luces reprochable: miente de manera interesada a sus conciudadanos y eso le convierte en merecedor, no ya solo del reproche social, sino de algo mucho más importante en estos momentos, que es la crítica política. Una crítica política que, para ser efectiva, ha de huir del trazo grueso e intentar describir ponderadamente la realidad de la esfera política en nuestros días, no fuera a resultar que recriminaciones a los responsables políticos como las que aquí mismo se han planteado antes, de presentarse ayunas de matices, contribuyeran a alimentar un inquietante discurso antipolítico.

A estos efectos, una consideración complementaria resulta casi ineludible. Porque no es menos cierto que, desde hace ya tiempo, los responsables políticos han ido abandonando los planteamientos de antaño, sobre todo en lo tocante al alcance de sus promesas, y han tendido a rebajar su ambición al respecto. Formulémoslo, para abreviar, en una forma rotundamente vertical: ¿alguien hoy se creería al líder político que se atreviera a prometer en campaña electoral algo parecido a que si alcanza la victoria llevaría a cabo tantas y tan profundas transformaciones que, al terminar su mandato, al país no lo conocería «ni la madre que lo parió»? En realidad, ni siquiera resulta pensable que hubiera en nuestros días candidato alguno dispuesto a hacerle a su electorado semejante tipo de promesa⁵.

⁵ De hecho, no han faltado autores que han planteado la íntima conexión —casi de vasos comunicantes— entre la pérdida, por parte de la política, de

Por poderosa que sea la tentación de hacerlo, conviene huir de las simplificaciones abusivas. No solo actúan por cálculo electoral los políticos que en estos tiempos renuncian al ambicioso lenguaje de antaño y se presentan ante los ciudadanos como maniatados por estructuras que les sobrepasan: es que, efectivamente, en gran medida esa es su situación⁶. Constituye un hecho incontestable que la globalización y la crisis del Estado-nación han privado de gran parte de su poder a los representantes ciudadanos en los parlamentos nacionales en beneficio de instancias supranacionales (Comisión Europea, Banco Central Europeo, Fondo Monetario Internacional...). Nada tiene entonces de extraño que la ciudadanía tenga la sensación de que las soluciones a los problemas públicos que afectan a su vida cotidiana, además de encontrarse lejos de donde se producen, están en unas manos distintas a las de aquellos a quienes eligieron para hacerlo. Se desprende de ello, como efecto casi ineludible, la consiguiente crisis de legitimidad de los sistemas de representación en la medida en que, por si todo lo anterior fuera poco, los ciudadanos nunca fueran convocados para que manifestaran su parecer respecto a esta pérdida de soberanía de sus representantes.

su capacidad de transformación real y la elevación, precisamente para esconderla, del tono del discurso político. En ese sentido se pronuncia Laurent Habib en su libro *La comunicación transformativa: Para acabar con las ideas vanas*, Península, Barcelona, 2012, *passim*.

⁶ Aunque algo más se comentará acerca de este asunto en el capítulo 2, cuando se hable de las severas limitaciones de la teleología colectiva, dejemos ya anotado que en este aspecto incide Joaquín Estefanía en su colaboración, titulada «La camisa de fuerza dorada», al libro de Joan Navarro y Miguel Ángel Simón (eds.), *La democracia en palabras*, Punto de vista editores, Madrid, 2020.

Siendo ciertamente muy importantes estos factores superestructurales, no son los únicos que explican el extendido convencimiento de que la esfera de la política ha dejado de ser el lugar donde reside realmente el poder. No parece tan desacertada en general esa percepción de la ciudadanía respecto a la democracia, cuando, por poner un ejemplo de la máxima relevancia, la práctica totalidad del ámbito digital está en manos de corporaciones privadas⁷. Así, cuando, en 2020, con ocasión de la pandemia provocada por el coronavirus, se abrió en muchos países europeos el debate acerca de la necesidad de seguir el modelo de Corea del Sur y monitorizar a la práctica totalidad de los ciudadanos con el objeto de prevenir la expansión de la enfermedad, no faltaron quienes alzaron su voz, escandalizados por el excesivo poder que de esta manera se le estaría concediendo al Estado. Hasta que alguien recordó que ese poder que tanto preocupaba delegar en los poderes públicos ya llevaba tiempo en manos de unas empresas privadas que, *big data* mediante (*Biggest Data* ya, al decir de algunos), tienen completamente controladas nuestras necesidades, debilidades, malestares, gustos, aficiones y apetencias de todo tipo o, si se prefiere decirlo de una sola vez, nuestra entera experiencia humana. Es público y notorio que, por mencionar un hecho sobradamente conocido, Google lee y analiza correos electrónicos, cosa que hasta el momento no parece haber provocado grandes protestas ni campañas en contra. De la misma manera que los procedimientos utilizados por el Gobierno chino para controlar y disciplinar a sus ciudadanos son los mismos (esto es, se basan en los mismos algoritmos) que los utilizados por los sistemas occidentales de evaluación del crédito⁸.

⁷ Véase Jaron Lanier, *¿Quién controla el futuro?*, Debate, Barcelona, 2014.

⁸ Shoshana Zuboff, *La era del capitalismo de vigilancia*, Debate, Barcelona, 2020.

Aunque resultaría injusto con los ciudadanos que atribuyéramos su desinterés hacia la cosa pública exclusivamente en factores de orden ideológico o de percepción subjetiva de la realidad política. Sin duda, para entender adecuadamente la actitud que muchos de ellos mantienen se necesita introducir en la ecuación elementos relacionados con su situación objetiva, siendo esta necesidad algo derivado de las transformaciones que se han venido produciendo en nuestras sociedades en los últimos años. No han faltado autores, especialmente sociólogos, que han llamado la atención sobre el hecho de que los ciudadanos estadounidenses, tradicionalmente tan proclives a la participación en las actividades de su comunidad, habían dejado de hacerlo en gran medida como consecuencia del hecho de que el endurecimiento de las condiciones económicas y laborales había provocado que dispusieran cada vez de menos tiempo para colaborar en el tejido asociativo de su entorno, de tan ocupados como se encuentran en invertir el grueso de sus energías en trabajar para su estricta supervivencia⁹.

En todo caso, sería realmente preocupante que se hubiera ido extendiendo entre la ciudadanía la idea de que en la esfera

⁹ Además del conocido libro de Richard Sennet *La corrosión del carácter* (Anagrama, Barcelona, 2000), vale la pena recordar el de Robert D. Putnam, *Solo en la bolera* (Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2002), donde desarrollaba con abundantes datos empíricos la tesis de que la presión del trabajo y los problemas económicos, unidos a otros factores como podrían ser la movilidad residencial y la televisión, eran los que estaban haciendo declinar las organizaciones comunitarias, la forma de compromiso con la sociedad más enraizada tradicionalmente en Estados Unidos. En esta misma línea, pero ampliando el foco de atención a un contexto internacional más amplio, véase Robert D. Putnam (ed.), *El declive del capital social*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2003.

de la política ya no se juega nada realmente importante o, lo que viene a ser prácticamente lo mismo, porque se hubiera generalizado el convencimiento de que la representación política ha devenido pura representación teatral¹⁰ y que, convertida en mero espectáculo, ha ido devaluándose hasta terminar por resultar irrelevante desde el punto de vista material. Sería preocupante todo ello entre otras razones porque, como dejó claramente acreditada la crisis del coronavirus en 2020, el poder que acumulan los Estados, por más que pueda haber menguado respecto al de antaño, sigue siendo muy grande y es previsible que la mencionada pandemia termine dando lugar a un aumento del mismo en muy diversos órdenes.

VIVIENDO EN UNA PARADOJA

Esta parece ser, en efecto, la paradójica situación en la que parecemos instalados. La fuerza y la capacidad reales de transformación que se tienen desde el poder político están tan fuera de duda como el hecho de que amplios sectores de la ciudadanía tienen la sensación de que el poder político en los regímenes democráticos actuales es poco poder. La conclusión que se desprende de ambas constataciones parece clara. No sería socialmente saludable que dicha sensación continuara yendo en

¹⁰ Señala Umberto Eco para describir la situación de la democracia en nuestro tiempo: «Los ciudadanos no actúan, son llamados solo *pars pro toto* a desempeñar el papel del pueblo. De esta manera, *el pueblo es solo una ficción teatral*. [...] En nuestro futuro se perfila un populismo cualitativo de televisión o Internet, en el que la repuesta emotiva de un grupo seleccionado de ciudadanos puede presentarse o aceptarse como la “voz del pueblo”» [las cursivas son mías], en *Contra el fascismo*, Lumen, Barcelona, 2018, pág. 55.

aumento sin que los ciudadanos terminaran de ser conscientes de los profundos cambios que, en paralelo, en el sentido indicado, experimentaba la situación. En definitiva, que continuaran pensando que siguen sin detentar un gran poder aquellos que lo estarían recuperando a marchas forzadas. Sería tan negativo, por derrotista, como que creyeran que no hay forma humana de influir en las grandes decisiones políticas que afectan a su vida cotidiana.

Pero no porque sean negativos o socialmente poco saludables tales convencimientos tienen menos posibilidades de terminar convirtiéndose en el estado de ánimo dominante por completo en nuestra sociedad. El planteamiento que suele arrancar con frases como «sería una pena que...» o similares no funciona a la manera de un antídoto frente a las amenazas que señala: en ocasiones constituye su más descarnado anuncio. En este caso en concreto, no queda otra que constatar que, por lo pronto, el descrédito de los políticos, lejos de ser algo coyuntural, es una corriente profunda que venía de atrás y que, si acaso, no ha hecho otra cosa que incrementarse en los últimos tiempos y no solo entre nosotros (de hecho, los populismos de variado pelaje han bebido de esta corriente). Tanto es así que nos hemos acostumbrado a que, en las encuestas en las que se pregunta a los ciudadanos por los principales problemas que les preocupan, aparezcan en lugares muy destacados (cerca de la cabeza) los políticos, esto es, precisamente aquellos que han recibido de la ciudadanía el encargo de solucionarlos. Sin que quepa introducir el recurso consolador de que esta percepción negativa no afecta a la totalidad del colectivo. Incluso el hecho de que a algunos se les puedan reconocer ocasionales méritos en alguna cuestión no consigue hacer variar la opinión general respecto al conjunto. Tanto es así que ni los mejor valorados consiguen alcanzar el aprobado.

No se trata ahora, claro está, de debatir lo acertado o erróneo de esta percepción ciudadana. Cuando la misma se consolida en la forma en que lo ha hecho, cuando hace callo en la cabeza de las personas, no cabe seguir distinguiendo entre realidad y percepción de la realidad como dos ámbitos nítidamente diferenciados, puesto que esta última ya se ha integrado en aquella en calidad de dato de conciencia colectiva. Buena parte de los efectos con los que nos hemos acostumbrado a convivir derivan de aquí. Así, es un hecho que ha dejado de movilizar la ilusión, desaparecida por completo del horizonte del imaginario social. No se espera lo mejor, sino solo se teme lo peor.

Alguien con la mejor de las intenciones (o el más resistente de los ánimos) podría replicar señalando el ejemplo de alguna movilización en los últimos tiempos provocada por una causa justa. Pero convendría en este punto no confundir reacciones participativas puntuales con reconciliación con la política. Por supuesto que todavía objetivos como el de expulsar democráticamente a Trump de la Casa Blanca pueden convocar a la ciudadanía. Pero ello no contradice la afirmación mayor que planteábamos aquí: ya solo parecen tener cabida en la conciencia colectiva registros negativos, pasiones tristes como el odio¹¹ o el miedo¹², pero ya no la ilusión o, menos aún, el entusiasmo.

Ahora bien, tales actitudes, que en determinados momentos pueden resultarnos comprensibles, por más que no las comparemos, devienen completamente inaceptables desde el punto de vista colectivo cuando las circunstancias sufren una variación sustancial. Así, el extendido convencimiento, que antaño podía

¹¹ Véase Carolin Emcke, *Contra el odio*, Taurus, Madrid, 2017.

¹² Algo he escrito al respecto en mi libro *El virus del miedo*, La Caja Books, Valencia, 2021.

ser rentabilizado por quienes presentaban, a la manera de Reagan o Thatcher, al Estado como la fuente de los problemas y que pudo llegar a prender en sectores populares, ha perdido su carácter falazmente evidente. La pandemia presente y las que se avecinan (por desgracia, no hay motivos para pensar que la de la covid vaya a ser la última) han puesto en primer plano, a ojos de todos los ciudadanos, la necesidad de un Estado que se ocupe de protegerlos de este tipo de contingencias y sus secuelas.

Esta sería —vista desde otro ángulo— la paradoja anunciada desde el mismo título del presente epígrafe. Si hoy resulta inaceptable la indiferencia o el desdén hacia la política, no es debido a motivaciones axiológicas de ningún tipo, sino a una motivación máximamente real y práctica. Porque este es, a fin de cuentas, el contenido material de la paradoja: en un momento en el que para los ciudadanos la necesidad de disponer de un Estado eficiente resulta cada vez más imperiosa (estamos hablando de supervivencia), crece entre ellos la desafección hacia la política.

Estamos, pues, ante una paradoja que contiene un anuncio, o tal vez resulte más preciso decir una amenaza. Y es que el peligro que hoy nos acecha es el de que haya fuerzas políticas, o líderes, que extraigan de esta doble circunstancia (la masiva decepción respecto a los políticos tradicionales y la sentida necesidad de un Estado que los proteja) la conclusión de que deben ser otro tipo de políticos los que se encarguen de dicha protección. Es claro que el discurso que, fuera de nuestras fronteras, planteaba la usurpación de los poderes del Estado por parte de las élites («de Washington», según la expresión favorita de Donald Trump) o, ya en nuestro país, deslegitimaba primero al ejecutivo y al legislativo por completo (esto es, a la totalidad de los representantes de los ciudadanos) calificándolos de *casta* y,

más tarde, al judicial con el argumento de la condición reaccionaria de sus miembros, estaba contribuyendo a crear el caldo de cultivo para una gran desafección de la que solo podía beneficiarse una propuesta que se presentara como absolutamente ajena a lo existente y no contaminada por él¹³. La alusión de páginas atrás al histrionismo del expresidente de Estados Unidos iba en esta dirección: la desmesura del personaje constituía en sí misma todo un indicador del grado de hartazgo, por no decir desesperación, de muchos de sus votantes.

No descarto que a algún lector este último término le pueda haber sobresaltado un poco. Pero tal vez no sea del todo exagerado afirmar que la diferencia entre esta época y otras anteriores, en lo tocante al modo en que los individuos tienden a vivir su situación, toma el nombre de desesperación. Han caducado, por lo visto de forma irreversible, aquellas apelaciones, tan propias de la cultura alternativa de los años sesenta del pasado siglo, a vivir extramuros del sistema, como si la marginalidad fuera una opción, incluso deseable comparada con lo que en algún momento se denominó, de forma inequívocamente peyorativa, integración en el sistema. No solo ya no estamos en ese escenario, sino que no parece impensable que llegue pronto el momento en el que las contingencias sean de tal magnitud que no haya posibilidad de sobrevivir para los individuos fuera del Estado. Se puede considerar una mera anécdota sin mayor relevancia o todo

¹³ Refiriéndose a Donald Trump, el filósofo esloveno Slavoj Žižek ha resumido de una forma tan contundente como eficaz el auténtico papel desempeñado por aquel desde la presidencia de Estados Unidos: «Trump es como Kane en la película de Orson Welles, habla en nombre de los pobres para evitar que los pobres hablen por sí mismos. [...] Las verdaderas víctimas de Trump son quienes se toman en serio su charlatanería contra las élites liberales corporativas», entrevista en *El País* de 24 de enero de 2021.

un augurio de lo que podría llegar a suceder en un futuro próximo de darse una conjunción de circunstancias particularmente negativas, pero el caso es que, a finales de octubre de 2020, en el sur de Italia, esto es, en una zona del país con un notable volumen de economía sumergida, se produjeron asaltos a supermercados protagonizados por personas que no recibían subsidio o ayuda estatal alguna. Pero no nos distraigamos discutiendo la cuestión de si la anécdota merece o no ser elevada al rango de categoría. Lo único importante es que acredita que hay situaciones en las que la exclusión pone en peligro la propia supervivencia.

LA GRAN CONTINGENCIA

Pero no abandonemos el hilo de esta última consideración, referida al momento histórico que estamos viviendo y a las herramientas con las que lo estamos encarando. Empezando el argumento por el principio, una de las ideas más reiteradas desde hace tiempo por los analistas políticos especializados en estos asuntos es la de que el cambio en el signo del Gobierno como resultado de unas elecciones si algo muestra es que las mismas no las gana el que alcanza el poder, sino que las pierde el que se ve obligado a abandonarlo. Dado que la afirmación tiene algo de trivialmente verdadera (en un vuelco político de tal magnitud ha de haber siempre uno que gane y otro que pierda), conviene preguntarse si existe algún tipo de denominador común entre los motivos que llevan a la derrota a los hasta ese momento gobernantes. La verdad es que, si planteamos la cosa en términos muy generales, la respuesta se encuentra sin gran dificultad. Prácticamente siempre es la deficiente gestión de un imprevisto la que acaba dando lugar a dicho efecto.

No se puede decir que nuestros gobernantes no estuvieran avisados. Como poco desde Maquiavelo sabíamos que el arte de gobernar era el arte de dominar la contingencia del azar y la fortuna con decisiones virtuosas. Sin embargo, pasen revista a las causas que terminaron expulsando del poder político a los anteriores presidentes de nuestra democracia y comprobarán que no fue el incumplimiento de sus promesas electorales ni nada parecido lo que provocó su final, sino la desafortunada gestión de una circunstancia que, por así decirlo, les pilló con el paso cambiado.

Pero, continuando con las ideas de apariencia trivialmente verdadera, alguien podría puntualizar que lo que se predica de la esfera de la política se predica igualmente de cualesquiera otras esferas de nuestra vida, donde es aquello para lo que en principio no estábamos preparados lo que nos pone a prueba, lo que hace que se manifiesten tanto nuestras virtudes como nuestras limitaciones, lo que da ocasión, en fin, a que nuestra conducta pueda suscitar entre quienes nos rodean una espontánea admiración o la más profunda de las decepciones. La puntualización sería, por lo demás, perfectamente coherente con el convencimiento de que ni la esfera de la política ni quienes en ella participan son de una naturaleza diferente al resto de actividades y al resto de los mortales.

Por su parte, esta última idea conecta con el lugar común según el cual los representantes públicos, elegidos por la ciudadanía, han surgido a su vez de ella, compartiendo con la misma defectos y virtudes. El recordatorio es pertinente para cuantos —multitud, admitámoslo— han convertido en deporte nacional el denuesto de los políticos, como si este colectivo hubiera descendido de alguna nave espacial y no tuviera nada que ver, en lo tocante a carencias y deficiencias, con sus conciudadanos. Hasta tal punto es así que ha adquirido carta de naturaleza el plan-

teamiento en el que, sin la menor argumentación que lo justifique, se da por descontada la mediocridad del conjunto de los actuales representantes de la ciudadanía¹⁴.

Como es obvio, no estoy cuestionando el derecho que asiste a cualquier ciudadano a criticar a sus políticos. Ni siquiera discuto que muchas de las críticas se las puedan tener más que merecidas, sobre todo en el presente momento, que tantos motivos para la desafección ciudadana está proporcionando. Me limito a constatar que con frecuencia los términos de tales críticas mismas son directamente autocontradictorios. Porque autocontradictorio es —vamos a plantearlo en abstracto para que nadie se nos ofenda— que una persona mediocre, utilizando argumentos mediocres, censure a otros su mediocridad. El derecho a criticar en la plaza pública conlleva el deber de hacerlo con argumentos consistentes.

Con lo que llegamos al meollo del argumento anunciado desde el principio del epígrafe. A unos y a otros, a representantes y a representados, a políticos y a ciudadanos, les vino de nuevas cuanto ocurrió con la pandemia. Para todos sin excepción dicha pandemia fue el gran imprevisto, la gran contingencia, que les puso a prueba. Lo que significa también que les colocó a todos ante el insoslayable espejo de una realidad que, a pesar de los conjuros en forma de eslóganes más o menos estimulantes y bienintencionados (resistiremos, saldremos más fuertes, unidos venceremos al virus...), no ha querido, tozuda, desvanecerse.

La imagen que devolvió el espejo no puede decirse que fuera gratificante. O al menos que lo fuera de manera inequívoca. Las rotundas consideraciones que daban por descontado el signo

¹⁴ Véase Alain Deneault, *Mediocracia. Cuando los mediocres llegan al poder*, Turner, Barcelona, 2019.

con el que saldríamos de esta, el tipo de sociedad y de individuos que alumbraría esta inesperada y terrible experiencia no se han cumplido, al menos ni por el momento ni por completo, a pesar de las importantes variaciones que se han producido en las circunstancias. Sigue siendo una incógnita lo que nos deparará el futuro, entre otras cosas porque, a estas alturas, lo ignoramos casi todo acerca de él¹⁵. Es sobre el alambre de semejante contingencia, tan sostenida como cruel, sobre el que nos está tocando vivir.

Claro que, bien mirado, acaso no pueda ser otra la lección, modesta y provisional, que debemos extraer de este tiempo de experiencia compartida. Tal vez en situaciones como la que estamos viviendo se pueda predicar de los pueblos en general lo que se predica de los individuos que los componen. Porque, sin duda, cada uno de nosotros es mejor de lo que cree en sus ratos de abatimiento y peor de lo que fantasea en sus momentos de euforia. Conviene recordarlo y ser, en lo que quepa, ponderados, porque si, como afirmábamos al terminar el capítulo anterior, podemos dar por muerta la historia, así como la expectativa de encontrarle sentido global a cuanto nos pasa, ello, lejos de liberarnos de nada, hace que debemos cargar por entero sobre nuestros hombros la responsabilidad de lo que nos pueda deparar el futuro. Pero no adelantemos argumentos, que todavía queda mucho tramo de discurso por recorrer.

¹⁵ Comentando la ausencia de referencias con las que interpretar el momento histórico que le tocó vivir («Me remonto siglo tras siglo hasta la más remota antigüedad, pero no descubro nada parecido a lo que hoy se presenta ante mi vista»), Tocqueville expresó de una forma premonitoria su perplejidad ante el presente en su célebre afirmación: «En cuanto el pasado ha cesado de alumbrar el porvenir, el espíritu del hombre camina en las tinieblas», en *La Democracia en América*, vol. II, Alianza, Madrid, 2017, pág. 438.